

# **CABEZA DE CIERNO**

**FRANCISCO MIGUEL ESPINOSA**

DOLMEN  
EDITORIAL

*A mi madre,  
mi hermana y mi abuelo.*

El jardinero  
— 11 —

El reverendo  
— 63 —

El verdugo  
— 111 —

El ahorcado  
— 161 —

El villano  
— 227 —

Índice

## OFICINA DEL *SHERIFF* DE ABISMO

Informe de homicidio del  
*sheriff* Earl Hilliard

Robert Callaghan, *Deputy Sheriff*  
Informe del oficial al cargo  
Caso nº 4134147

Aproximadamente a las DOCE HORAS de la madrugada del 18 de enero, Robert Callaghan, el ayudante del *sheriff*, encontró el cuerpo de Earl Hilliard, *sheriff* de Abismo, detrás de la oficina, reconocido por análisis de ADN. El cuerpo del *sheriff* había sido escondido en un contenedor de desperdicios pero los rastros de sangre no habían sido limpiados. El cuerpo del *sheriff* fue extraído del contenedor y se procedió a su identificación y posterior autopsia y barrido de la escena del crimen. Tal y como se hace constar en el informe del forense (ADJUNTO AL INFORME DE LA OFICINA DEL *SHERIFF*), el cuerpo y la escena del crimen presentaban los siguientes rasgos significativos:

- El cuerpo presentaba signos de violencia.
- La causa de la muerte ha sido verificada como SEVEROS TRAUMATISMOS EN EXTREMIDADES Y TÓRAX, CON SU CONSIGUIENTE HEMORRAGIA INTERNA.

- El cuerpo había sido arrastrado y deliberadamente introducido en el contenedor en que fue hallado.

- El *sheriff* sufrió la mayor parte de las heridas mientras se encontraba con vida.

- Las heridas se infligieron con una MAZA u otro tipo similar de arma contundente, a juzgar por el aplastamiento de los huesos.

- Faltaban la cabeza y ambos fémures del cuerpo.

- En la pistola del *sheriff* faltaban dos balas.

- Dichos disparos fueron realizados por el *sheriff* y las balas, halladas en la pared trasera de la oficina, sin rastros de sangre o tejido. Fueron, por tanto, disparos errados.

- No hay ningún testigo de los hechos.



*Nada en su vida fue tan oportuno  
como su salida de ella.*

William Shakespeare, *Macbeth*.



# 1

La única buena razón para visitar Abismo era el Gallo gigante. Se decía que el Gallo curaba y que rezar con las manos apoyadas en él te abriría el reino de los cielos. Se cobraba a tres dólares el cuarto de hora y podías hacer lo que quisieras con ese tiempo, excepto mear o hacer cosas indecentes. Siempre había alguien vigilando, incluso por la noche, porque el Gallo gigante era el bien máspreciado de Abismo.

Hasta donde sabemos, el Gallo era una roca muy grande.

Una roca con forma de gallo erguido y con la cresta en alto, con las patas colocadas en posición de pelea. Perfectamente reconocible, un maldito gallo de piedra arenisca, creado por la madre naturaleza. El principal atractivo del conjunto de casas que dormitaba colina abajo.

*Bienvenido a Abismo*, rezaba el cartel junto a la carretera.

Abismo tenía una calle principal, una avenida, por la que cruzaba un desvío de la interestatal. Se podía atravesar el pueblo de un lado a otro sin bajarse del coche y ver todo lo que había que ver. Porque el Gallo estaba en lo alto de la colina y el pueblo a los pies. Si alguna vez el Gallo se despertaba y bajaba rodando, aplastaría a todos. Queda dicho.

Esto se parece más a un decorado que a un lugar real.

Entrando por la carretera y siguiendo la avenida, a la derecha había una tienda de licores. La calle se cruzaba con otra calle y ambos carteles estaban tan oxida-



dos que no podían leerse los nombres. Por eso, la gente las conocía como calle Uno y calle Dos. Algunos de los más ancianos, los que sacaban las sillas de madera a los porches de las casas y se sentaban a mirar al Gallo, tal vez recordasen los nombres originales, pero ninguno dijo palabra. Pasando en coche y mirando a la izquierda, no había nada. Solo el páramo yermo que sirve de recurso para los viajes en carretera, los cables del tendido eléctrico y arbustos. Tal vez el sol, ocultándose detrás del Gallo. Si cruzases por la mañana, verías algo de movimiento. La gente salía de las casas y algunos cogían los coches, sobre todo rancheras y grandes turismos con capacidad para llevar víveres para todo el pueblo en su maletero. Algunos iban a trabajar y algunos salían a recoger el periódico, el que miraban con cara de asco, y después, para poner el acento, escupían en la acera. Algunos llevaban sombreros de vaquero; otros, sombrero de paja. Todos con la piel enrojecida, a partes iguales por el alcohol en las venas y por el sol, que pegaba en lo alto derritiendo el pueblo sin piedad.

Si en vez de seguir la carretera y atravesar el pueblo, girases a la derecha, entrarías en la calle Uno. La calle Uno se cruzaba con la Dos, única dirección, y terminaba en la plaza de Abismo. La plaza era otro cantar. Era circular y estaba bien decorada y limpia, tenía casetas de madera que remataban en cúpulas de tejas rojas, para las celebraciones del 4 de julio y de otras fiestas, como la conmemoración del día de la fundación de Abismo por parte de colonos británicos que se adentraron demasiado en el sur y nunca volvieron. Así son las cosas. La plaza despuntaba como un delta en el ayuntamiento, un pequeño edificio de paredes

descascarilladas y con ventanucos de madera pintada de blanco tratando de alejar el sol. El alcalde, reelegido durante tres candidaturas, presionaba todos los días al consejo municipal para que el edificio fuese restaurado y se le adecentase, pero siempre había algo mejor en lo que invertir el dinero. Por ejemplo, en pagar a los vigilantes que cuidaban el Gallo.

Porque el Gallo era la principal fuente de ingresos de Abismo.

Porque todo el mundo quería verlo, tocarlo y sacarle fotos.

Había gente que conducía horas desde cualquier punto del país, y a veces desde otros países, para contemplar el Gallo. Pagaban el cuarto de hora, y a veces mucho más, para pasar el día a su sombra. Y contemplarlo y acariciarlo y maravillarse y decir que estuvieron allí. Que vieron el Gallo. Porque el Gallo era perfecto: una roca en forma de animal, con su cresta en alto como si buscase pelea, las concavidades de los ojos y los pliegos de las plumas perfectamente medidas. Incluso el color inspiraba respeto porque, cuando el sol se ponía, la piedra adquiría un tono rojizo que lo dotaba de veracidad. Lo peor que le puede pasar a un fenómeno de la naturaleza es ser veraz.

Pasando la plaza, estaban la comisaría y los calabozos. Los calabozos estaban en un edificio anexo, una especie de zulo de hormigón con barrotes en las ventanas. La comisaría tenía el aspecto de una caravana volcada sobre un costado: algo rectangular y plano con una puerta y una escalinata para acceder. La comisaría, o la oficina del *sheriff*, era el lugar de Abismo con más ajetreo a todas horas. Porque había muchos

policías para tan poca gente. Ser policía en Abismo era lo mismo que ser ludópata en Las Vegas. Cuestión de costumbre.

Después de esto, estamos hablando de una sucesión de casas con sus porches, sus paredes blancas, rancheras aparcadas en la puerta, buzones con la banderita roja levantada y poco más. Estamos hablando de un par de tiendas, unos ultramarinos, una tienda de discos y una tienda de *souvenirs*. Porque la gente que venía a ver el Gallo a veces compraba *souvenirs*. Pequeñas figuritas del Gallo, camisetas, gorras: *YO ESTUVE ALLÍ, YO VI EL GALLO DE ABISMO*. Porque en el cartel junto al camino de tierra despejado para el acceso de coches a lo alto de la colina podía leerse: *EL GALLO DE ABISMO*.

Siguiendo con las tiendas, hablamos también de un bar con un cartel de neón en la puerta y un porche de madera decorado con una máquina expendedora de Coca-Cola y dos bancos de madera de roble. Un aparcamiento, una valla publicitaria. Un camión de reparto de leche que cruzaba la calle y pasaba delante de la tienda de discos. El pueblo no tenía una lavandería, porque se sobreentiende que todo el mundo sabía lavar sus propios trapos sucios en Abismo. Queda dicho.

Más adelante, llegando a Abbenthy Boulevard, una calle bastante más estrecha y bastante más sucia de lo que su nombre podría inspirar, estaba la casa de huéspedes. Una casa colonial recién restaurada con capacidad para treinta o treinta y cinco viajeros; ocupaba toda la acera de la calle y había sido adquirida por la señora Alyn O'Quinn, a la que todos llamaban simplemente "la señora Alyn". Una viejecita de aspecto deli-

cado y delgado que siempre llevaba un collar de perlas brillantes y la melena grisácea recogida en un elegante moño. La señora Alyn bautizó a su casa de huéspedes, simplemente, "Happy". La señora Alyn era a Abismo lo que una brillante moneda al suelo de una calle repleta de gente.

Esto se parece más a una radiografía que a una visita guiada.

Dejando de lado la casa de huéspedes, seguimos y el pueblo empieza a elevarse, el plano da paso a la cuesta. Ascendemos en la colina. Al girar de nuevo a la derecha y después otra vez a la derecha, dejamos de lado los porches de las casas y nos damos de bruces con la iglesia. La casa de Dios. El templo de oración. Llámalo X.

La iglesia, luterana, era un gigante de formas y curvas y vidrieras imposibles y blanca en su totalidad, salvo por el tejado, de un marrón oscuro casi negro que denotaba un gusto por los contrastes y los extremos. Estaba dirigida por el reverendo Fibber, un hombre calvo con la boca torcida en un rictus de éxtasis religioso que solo la abandonaba cuando salía a pasear por las calles de Abismo o cuando iba a tomar su copa de vino al bar, normalmente los viernes, pero a veces los jueves bien entrada la noche. El domingo era el día del reverendo Fibber y acicalaba su iglesia como si fuese una cabaretera: limpiaba las vidrieras, el órgano, cada uno de los bancos de madera... Las misas del reverendo Fibber eran intensas y Dios mismo tocaba a los feligreses, a su rebaño, que salían del edificio sacrosanto con el mismo rictus de éxtasis religioso en la boca y deambulaban por el pueblo hablando de la

obra del Señor. Los domingos eran los días religiosos en Abismo y la gente perdía la cabeza por alabar la obra de Dios. Este sentimiento se alargaba hasta la noche, y algunas personas se despertaban el lunes con una terrible resaca religiosa que les duraba todo el día. El reverendo Fibber estaba orgulloso de ostentar el poder de la fe en Abismo. Queda dicho.

Si miramos a la izquierda, veremos el cine al aire libre. El cine era otro de los hitos del pueblo. Incluido en sus grandes éxitos. Propiedad de Charlotte Cooper, aunque en manos de un administrador. La gente solía ir a pie y tender una manta en el suelo y comer palomitas, compradas en el kiosco de la esquina, y ver la película. La pantalla era enorme. Había una fila de asientos que se pagaban a dos dólares y medio, pero casi nadie los utilizaba; había un espacio grande para los coches y un espacio más grande aun, tras los asientos, para tender las mantas. El kiosco vendía refrescos, palomitas, hamburguesas y perritos calientes, y había tres bancos con sus mesas para sentarse a comer.

En materia de sonido, estamos hablando de tres o cuatro altavoces grandes en lugar de los incómodos altavoces individuales para los coches. Cuestión de que todo el mundo disfrute de la película.

Si miramos a la derecha, veremos el cementerio. Una valla de hierro escondía lo peor de la vida a las buenas gentes de Abismo: las tumbas y la tristeza y el silencio del camposanto. En una pequeña casita de madera vivía el enterrador. Era un hombre viejo y cascarrabias al que muchos consideraban mudo, que había enfermado hacía cosa de un año y estaba al cuidado de su sobrino, recién llegado a Abismo: un chico bobalicón y

obeso que hacía su trabajo en perpetuo silencio, como su tío, y dormía en el suelo de la cabaña.

Con el cementerio a nuestras espaldas, llegamos al sùmmum de Abismo: las dos casas. Las dos casas eran lo último que podía verse antes de llegar al Gallo. Se alzaban en la parte más alta y próxima a la cima de la colina, por lo que su vista era privilegiada. Se trataba en realidad de una sola villa, con una extensión de jardín que más podría llamarse bosque y dos magnas residencias de madera blanca y tres plantas cada una. La villa había sido dividida por una valla de metal, negra y decorada con ornamentos dorados, del mismo estilo de la verja que impedía el acceso al resto de los mortales.

Pero esta verja siempre se encontraba abierta.

Porque en la villa vivían las adorables Evolet Samson y Charlotte Cooper.

Las señoras Evolet y Charlotte conformaban, junto a la señora Alyn, el grupo de tres ancianitas más queridas de Abismo. Y también las más ricas y las más poderosas dentro del pueblo. Las tres formaban parte del consejo municipal y mantenían muy buena relación con sus vecinos, con el alcalde y con el reverendo Fibber. Se las podía ver paseando a las tres juntas por las calles de Abismo, o yendo a la iglesia, o subiendo a rezar al Gallo, y no paraban de saludar a gente, de detenerse a hablar con todo el mundo... Y las puertas de sus casas siempre estaban abiertas a recibir visitas, siempre afales y con una taza de café preparada. Claro que esto les había costado, se decía, que algún desalmado procedente de la ciudad que estaba de paso por Abismo, hace muchos años, entrase a robar a la villa. Pero las

ancianas nunca habían cerrado la puerta a las buenas gentes de su ciudad, y no iban a empezar ahora.

Esto se parece más a un prólogo que a un comienzo.

Por último, estaba el Gallo. En lo alto de la colina, coronando Abismo. El camino de tierra, preparado para que los coches pudiesen subir y aparcar, a dos dólares la hora, y las gentes de todo el mundo pudiesen rezar o hacerse fotos o lo que demonios se pueda hacer con un Gallo gigante de roca arenisca. El Gallo había sido portada de publicaciones, se le habían realizado reportajes, periodistas de todo el mundo se habían desplazado hasta Abismo para escribir sus columnas y llevarles a sus gentes la fantástica historia. Muchos, incluso, habían aprovechado para hablar de Abismo y de las gentes de allí, lo que había llevado mucho más turismo, sobre todo durante el verano. Se habían rodado anuncios junto al Gallo, fotografiado a modelos con ropa cara y maquillaje imposible, se habían rodado secuencias de películas... El Gallo era, en sí mismo, una celebridad más grande que Abismo.

Abismo solo estaba a los pies de la roca, un añadido. La parte que sobra del Gallo.

Esto se parece más a una broma que a una novela.

## 2

Si vamos a empezar esta historia, tendremos que hacerlo por el jardinero Randall. Todo el mundo lo conocía así: Jardinero Randall. Y, puesto que Randall era su apellido, su verdadero nombre había sido sustituido por su ocupación. Ni siquiera él mismo lo decía nunca, bastaba con añadir que cortaba hojas y que arreglaba

los jardines. Y que trabajaba en la villa, la iglesia y la casa de huéspedes Happy.

El jardinero Randall caminaba por la calle con su mejor traje: una chaqueta marrón y polvorienta y unos pantalones verdes con pinzas algo largos que ocultaban unos zapatos negros de piel. Todo un primor. El jardinero Randall no levantaba más de metro y medio del pavimento de la calle y caminaba cojeando levemente, inclinándose a un lado, como si la parte izquierda de su cuerpo pesase más que la derecha. Tenía el pelo peinado hacia un lado y brillaba, grasiento y lleno de fijador, casi como una peluca. Soplaba un viento un poco frío y el jardinero Randall saludaba a todo aquel con el que se cruzaba, pero no siempre le devolvían el saludo. Su nariz bulbosa y su cara picada de viruelas, chorreante de un perpetuo sudor que le daba aspecto de estar untado en grasa, impedían el acercamiento. La gente miraba al jardinero Randall solo de lejos, como se contempla a un chimpancé o a un cuervo. De lejos, no está mal. De cerca, es otra cosa.

Caminaba dando tumbos y riéndose por lo bajo y entró en el bar de Lew; el bar con cartel de neón y porche de madera, con la vieja máquina de Coca-Cola recibiendo a los clientes y el aparcamiento lleno de coches. Era viernes por la noche, eso es importante. El jardinero Randall subió los escalones del porche con dificultad, tirando siempre de la pierna derecha y arrastrando la izquierda, y abrió la puerta.

El bar estaba, en efecto, bien surtido de gente. De todas las edades. Algunos de los más jóvenes preferían coger el coche y conducir hasta algún pueblo de los alrededores para no tener que emborracharse un viernes



por la noche junto a sus padres o sus vecinos, pero otros no tenían tanta suerte. Padres e hijos solían compartir barra, y Lew servía a todos por igual. No hacía preguntas. Queda dicho. Lew era un tipo alto y delgado con barba y los ojos hundidos en dos cuencas oscuras.

Esto se parece más a un esqueleto que a un camarero.

El jardinero Randall se sentó en un taburete e hizo un gesto con la mano. Lew exclamó:

— ¡Randall! ¡Qué elegante vienes hoy!

— Me siento afortunado. Lo de siempre.

Para tu sorpresa, el jardinero Randall hablaba normalmente. De hecho, su voz era varonil, grave, y su dicción, perfecta. La papada le colgaba y oscilaba como un péndulo cuando abría la boca, pero su voz era armoniosa. Lew asintió y le sirvió una cerveza en un vaso de medio litro. Dijo:

— Hoy es viernes y hay luna llena, puede pasar cualquier cosa.

— Ya, por eso me he vestido así. Hoy he tenido el día libre.

— ¿No has trabajado?

— No. — El jardinero Randall le dio un sorbo a su cerveza y se limpió la espuma de la comisura de los labios con la manga —. El reverendo Fibber tenía una reunión con el alcalde y no podía abrirme la parte trasera, así que lo haré mañana.

Lew sonrió y asintió. Alguien le llamó al otro lado de la barra y dijo:

— Disculpa.

Y se fue a servir a otro cliente.

Al jardinero Randall le gustaban los bares porque se conocía gente y se podía beber alcohol sin que nadie

te mirase por encima del hombro. Y por el olor. Olía a sudor, a concentración de gente, era un lugar cálido y la tele siempre estaba puesta. Los bares le transmitían la sensación de paz y sosiego que podría compararse a estar frente a una chimenea encendida mientras afuera llueve a mares. Beberse una taza de café caliente. Follar con una belleza escultural y rubia y dormirse abrazados y llenos de sudor bajo las sábanas.

Un grupo de chicas jóvenes gritaban y reían mientras atacaban una ronda de chupitos. Estaban sentadas al fondo, junto a la máquina de discos, al otro lado de la puerta del baño. Junto a la salida trasera. La tele, atornillada a la pared sobre sus cabezas, echaba humo. El jardinero Randall las observó con disimulo: conocía a alguna de aquellas bellezas, trabajaban en el pueblo. Tenían todas más de veintiún años, menos una. Desde tanta distancia, los detalles se difuminaban entre el humo y los incipientes problemas de vista que el jardinero Randall se negaba a tratar; pero todas eran guapas. Había tres morenas y una rubita de pelo cenizo y pechos pequeños pero redondos que buscaban escapar de la camiseta ceñida que llevaba y ser libres. La menor de todas. Las demás morenas, una de ellas de piel algo oscura para su gusto, pero con el pelo rizado y cayendo en ondas preciosas por su espalda, conformaban un todo, un grupo que podría moverse como una unidad y tirarse al mismo hombre una y otra y otra vez. El jardinero Randall podría ser ese hombre.

Lew volvió y se puso un chupito y se lo bebió de un trago. Dijo:

–Noches como estas me alegran el hígado.

Dijo:

—No es que me sienta afortunado, pero quién sabe.

—Pues yo sí que me siento afortunado —respondió el jardinero Randall.

—¿En serio?

—Me he levantado esta mañana con una sensación extraña, ¿sabes? Algo que me subía por las pelotas y se ha instalado en mi cerebro: esta noche es la noche.

—Te entiendo, te entiendo, lo he sentido alguna vez —dijo Lew.

—Así que me he dicho que tenía que venir a verte, Lew, y beber, e invitar a alguna señorita a beber.

El jardinero Randall hizo un gesto con la cabeza hacia el grupo de chicas del fondo. Lew levantó la cabeza por encima del hombro del jardinero Randall y sus ojos se abrieron como platos. Dijo:

—¿Eso no es aspirar muy alto?

—La suerte es para los audaces —respondió el jardinero Randall.

—Escucha, Randall, sabes que te aprecio, pero tengo que decirte esto como amigo: algunas de esas chicas son verdaderas diosas del Olimpo. En serio, podrían coger a un tipo como tú o como yo y follarnos como una manada de lobas y dejarnos tirados. Búscate a otra, colega.

El jardinero Randall dio un largo trago a su cerveza, la espuma le cayó por las comisuras de la boca y dio en la barra, manchando a su paso la camisa y la chaqueta. Dejó la jarra, medio vacía, y se limpió de nuevo con la manga. Dijo:

—No he metido la polla en diez años.

Dijo:

—Esta noche, es *la noche*.

## 3

La gente salía del bar de Lew como si la vida fuese bonita. Todo sonrisas y vacío en la mirada, pero a primera hora de la noche aún no estaban bastante jodidos como para olvidarse de sus problemas. Del grupo de chicas del fondo, las que estaban bajo el televisor y junto a la salida trasera, al otro extremo de los baños, una de ellas, la rubia, era toda melancolía y tristeza. Le habían denegado una beca para estudiar fuera de Abismo, en alguna buena universidad del norte. No hagas mucho caso a esto: cualquier cosa que no esté en el mismísimo sur, es el norte. Pensaba que nunca podría huir de Abismo y que tendría que quedarse a ver la vida pasar y envejecer en una casa blanca con porche, rodeada de críos y con un trabajo mediocre relacionado con el Gallo. O peor aun, tendría que conformarse con ser ama de casa y que su marido trajera el pan a la mesa. Sin esa beca, se sentía un fracaso.

Del mismo grupo, la morena del pelo rizado y la piel oscura, era toda desenfreno y diversión. Lo había dejado con su novio de toda la vida, un chico de cuello rojo que trabajaba a tiempo parcial como vigilante del Gallo, después de una temporada de altibajos hormonales. Perdón, quise decir *emocionales*.

Esto se parece más a una demanda por difamación que a una verdad universal.

Esta chica, la del pelo moreno rizado y la piel oscura, sentía la necesidad de follar esa noche. Había entrado en el bar de Lew como se entra en un vagón de metro: todo miradas de recelo a las caras que tendrán que res-

pirar el mismo aire. Pero con una sonrisa: la sonrisa de tener una vagina entre las piernas y, por ende, el control de la situación.

Las otras chicas eran una incógnita. Nada en sus caras expresaba nada más allá de una noche de viernes cualquiera en la que el alcohol lleva la melodía y las risas llevan la percusión. El resto es cuestión de dejar que lo que tenga que llegar llegue.

La chica rubia de la melancolía y el agobio hacia el porvenir dijo:

— Esta noche necesito pillarme una buena.

— Nena — respondió su amiga de pelo rizado —, beber no es la solución. Escucha: solo hay que beber para celebrar cosas, solo cuando estés rodeada de amigas y tengas una fila de tíos buenos desesperados por hablar contigo y estés radiante y jodidamente alegre como para beber sin importar el mañana. El alcohol funciona como catalizador, no como antidepresivo.

— Para eso tienes el Prozac — intervino otra de las amigas.

— Lo que vas a hacer esta noche es animarte: vamos a conocer a unos tíos buenos de verdad, no la mierda que hay por aquí. Vamos a coger el coche y nos vamos a largar a Long County o a Morganville.

— ¿Estás loca? — dijo la chica rubia-toda-melancolía.

— Estoy en lo más alto, ese es el plan.

— No me jodas, si cojo el coche y me largo, mi padre me mata.

— Tu padre no tendrá por qué enterarse. Conducirá Julia, que no ha bebido nada aún, ¿verdad, Julia?

Se refería a una de las amigas morenas. Esta dijo:

— Sí, no hay problema.

— Bien, entonces Julia conduce, nosotras pillamos un par de botellas de *whisky* en la tienda de McCoy y nos emborrachamos en el asiento de atrás; ponemos la música bien alta y que todo el mundo en Long County o Morganville nos oigan llegar; cogemos a un par de chulazos de los de verdad y nos los follamos en el coche, y mañana por la mañana volvemos temprano y nadie tiene que enterarse.

— Amber, le dije a mi padre...

— Da igual lo que le dijese a tu padre: le dirás que lo de la beca te ha jodido el coco y necesitas pasar una noche con tus amigas; tu padre se quejará y tu madre le dirá que son cosas de chicas, y esta noche podrán juntar las camas gemelas sin preocuparse de que su niñita virgen del alma les oiga darse un gustazo.

— Amber, yo...

— ¡Está decidido!

Julia asintió y dio un golpe en la mesa con el canto de la mano. La otra chica morena dijo:

— Vale, ¿y a dónde vamos? ¿Long County o Morganville?

— ¿Qué opináis, chicas?

Todas parecieron pensarlo un momento. Amber, la morena de pelo rizado, cruzó las piernas y las balanceó un poco. Llevaba unos pantalones vaqueros muy ceñidos y unos zapatos de tacón, rojos. Bebía de un margarita con pajita que estaba tocando a su fin. La última chica morena dijo:

— Morganville. Está más cerca y hay más bares donde ir.

— Decidido: Morganville. Nos tomamos un par de copas más aquí y nos largamos cuando la cosa se anime. Julia, tú no bebas.

— ¡Quiero tomarme un maldito margarita!

— Vale, pero solo uno: no quiero aparecer mañana en la cuneta con la puta cabeza abierta. ¡Lew, otra ronda!

Lew asintió y dejó colgado de nuevo al jardinero Randall para colocar otra jarra de margaritas en la bandeja, con cuatro vasos alrededor y pajitas, y fue hasta la mesa. Dejó la bandeja en el centro y se llevó la jarra vacía. Las chicas se sirvieron los margaritas entre exclamaciones y gritos acompañados de aspavientos con los brazos como si estuviesen bailando. Amber dijo:

— Un brindis, nenas. Por la mejor noche de todas.

Y todas brindaron.

## 4

— He oído que lo dejaron hecho mierda.

Bob Callaghan se había sentado junto al jardinero Randall y había pedido un *whisky* doble. Lew tenía mucho aprecio al ayudante del *sheriff*, como se lo tenía al jardinero Randall; pero este tipo de afecto resultaba de la mezcla entre la pena por dos tipos inútiles y acabados y la admiración de sentirse el triunfador del trío. Lew no escondía su sonrisa de autosuficiencia mientras veía a dos de los vecinos menos queridos de Abismo languidecer ante las bebidas que él mismo les servía.

— Lo dejaron como una papilla —respondió Bob, llevándose el *whisky* a los labios y saboreándolo con cuidado—. Una mierda realmente sería.

Bob era gordo y medio calvo, pero tenía algo definitivamente varonil. Tal vez el pelo del pecho que asomaba por la abertura de la camisa de ayudante del *sheriff*; tal vez sus manos grandes y fuertes; tal

vez su carraspeo al hablar. Sin embargo, todo el mundo pensaba que era lento de entendederas. Lo que no era cierto: en algún momento entre el instituto y la universidad había sido un chico con futuro. Pero el alcohol se cruzó en su camino, y desde entonces pasaba más tiempo borracho que sobrio. La mitad del tiempo, cuando la gente hablaba con Bob Callaghan no podría asegurar que el ayudante del *sheriff* fuese a recordar la conversación al día siguiente. Eso hacía que su trabajo se limitase a estar en la oficina, porque era buen amigo del *sheriff* y porque nadie quería tenerlo viviendo en las calles de Abismo y pidiendo cartones de leche y trozos de pan. Era preferible un trabajo de pega que un mendigo por las calles. Pero Earl Hilliard, el *sheriff*, había muerto. Y el ayudante del *sheriff* era quien dirigía las investigaciones hasta que el consejo municipal eligiese a un representante de la ley. Larga vida al rey.

Esto se parece más a una payasada que a la democracia.

— ¿Tenéis algo? — preguntó el jardinero Randall.

— Un informe forense de varias páginas, un informe de la escena del crimen y dos coches patrulla para buscar la cabeza del *sheriff*.

— ¿Se llevaron la cabeza?

— Como lo oyes. La cabeza y dos huesos de las piernas, dos fémures. Es el hueso más largo del cuerpo.

— ¿Sí?

— Así es. No sé qué pretende ese maníaco llevándose trozos del cuerpo, pero te diré una cosa: es la peor mierda que se haya visto en Abismo, estamos jodidos. El FBI empezará a meter las narices como no arregle-



mos esto pronto: se han cargado a un *sheriff* y no tenemos a ningún detenido aún.

— ¿Crees que ha sido alguien de aquí? ¿No sería más fácil pensar que haya sido un forastero?

— No lo sé. La hora del crimen, el lugar... Quien lo haya hecho conocía la rutina del *sheriff*, conocía las calles del pueblo, actuó completamente a oscuras sin encender una maldita linterna, y en el aparcamiento de atrás no hay una maldita farola. Golpeó con una maza o algo así, a oscuras, y acertó al *sheriff* aunque este disparó dos veces y falló.

— Joder, me pone los pelos de punta.

— ¡Haces bien en acojonarte! Escuchad...

Hizo un ademán con las manos para que Lew y el jardinero Randall se acercasen a él y habló en un susurro. Dijo:

— ¿Os imagináis lo que puede ser que alguien del pueblo, un vecino nuestro, alguien a quien vemos todos los jodidos días y a quien saludamos y preguntamos por su mujer, se dedique por la noche a matar gente con una maza?

— Pero tampoco podemos asegurar que vaya a ocurrir de nuevo — dijo Lew —. Quiero decir que a lo mejor fue una venganza personal.

— Eso pensé yo al principio. Después me dije: ¿una venganza personal tan metódica? ¿Una maza, un lugar oscuro, llevarse la cabeza y dos huesos? No, esto lo ha hecho un maníaco, y mi instinto me dice que va a volver a hacerlo. Tengo que pillar a ese desgraciado antes de que nos encontremos otro cadáver por ahí tirado.

Volvieron a sentarse normalmente y todos dieron un trago, Lew se sirvió otro chupito. Algo había cambiado

en la atmósfera: como si ese maníaco de la maza fuese a entrar en aquel momento en el bar y liarse a golpes con todo lo que encontrase a su paso. Bob tendría que sacar su arma y disparar contra él; y a lo mejor fallaba y todos acababan sin cabeza y sin fémures. Aunque el jardinero Randall ni siquiera sabía exactamente dónde estaban los fémures.

Un coro de risas de las chicas del fondo les hizo sobresaltarse. Tres hombres adultos temblando en la barra de un bar. Bob terminó su vaso y pidió otro de lo mismo.

Esto se parece más a una *snuff movie* que a un viernes por la noche.

—El caso es que no queremos causar alarma —dijo Bob—. No queremos que la gente ande histérica por la calle, porque a cualquiera podría írsele la mano y pegarle un tiro a su vecino.

—Ya.

—No digáis una puta palabra de lo que os he contado, ¿eh?

—Tranquilo, Bob —dijo Lew—, somos una tumba. ¿Verdad?

—Claro, claro. Una tumba.

—Así me gusta.

Otra estampida de risas de la mesa del fondo. El jardinero Randall se giró en redondo mientras echaba un largo trago de cerveza y pudo comprobar que las chicas le hacían otro gesto a Lew para pedir su tercera ronda de margaritas. Se preguntó cuánto podrían beber esas nenas antes de largarse y dejar a todos con las ganas. O cuánto tiempo pasaría hasta que entrasen unos cuantos chicos guapos y se sentasen con ellas. Bob ni siquiera miró, estaba concentrado en las bote-

llas que había detrás de Lew: los *whiskys* y las ginebras y el vodka, ordenados como fichas de dominó esperando un golpecito. En los buenos tiempos, Bob podría haber terminado con todas sin variar la expresión de su cara; sin contonearse al volver al coche y sin vomitar. En los buenos tiempos. Ahora estaba hecho mierda, y él lo sabía. Aunque todo el mundo pensase que no se daba cuenta de su situación, conocía su vida mejor que nadie. Le hubiese gustado escupir al suelo y gritarle a todo el mundo que dejaran de mirarle por encima del hombro, que tenía algo entre manos. Se sentía importante investigando la muerte del *sheriff*, porque sabía que el consejo municipal no le nombraría nuevo *sheriff* y tendría que buscarse la vida después de la elección. Ni siquiera podía asegurar que fuese a conservar su trabajo.

A menos que resolviese el misterio y atrapase al maníaco. Entonces, otro *gallo* cantaría.

## 5

La noche en Abismo avanza como un perro sin patas: parece que nunca va a amanecer. Al menos, esa era la sensación general. Estamos hablando de un pueblo donde la noche significaba silencio. Significaba que el número de farolas en la calle no satisfacía, ni de lejos, las necesidades de la población. Durante la noche, alzando la vista al cielo, estaba el Gallo. Su forma oscura, amenazante sobre la colina, parecía el vigilante de Abismo. Los viernes por la noche, cuando la gente joven solía salir a beber y divertirse y los adultos salían a cenar o a pasear por la plaza, la figura del Gallo to-

maba la actitud de un faro apagado: vigilando todo lo que sucedía, atento a cualquier perturbación.

Pero el *sheriff* fue asesinado y el Gallo ni se inmutó.

No había sucedido nada importante en Abismo, nada de este cariz macabro de película de los setenta, desde hacía más de diez años. Todos los pueblos tienen sus leyendas urbanas, sus historias macabras. Esta era la historia de Abismo: hacía algo más de diez años alguien entró en la villa. En la casa de Evolet Samson y Charlotte Cooper, las abuelas de Abismo. En mitad de la noche se oyeron gritos y golpes y algunos disparos que venían de la villa y el grito de las ancianitas rompió el silencio. El *sheriff* llegó con su coche patrulla y se encontró con un forastero en la casa. Alyn, la dueña de la casa de huéspedes Happy, había ido a pasar la noche con sus amigas; viendo la televisión y hablando de los buenos tiempos. Y alguien entró en la casa y las asaltó: violó a las ancianas y trató de asesinarlas; las tuvo retenidas durante horas en la villa; se comió su comida, rompió importantes objetos de la casa y abusó sexualmente de las tres mujeres.

Esto se parece más a gerontofilia que a un *ménage à trois*.

El caso es que el degenerado fue detenido y abucheado por toda la gente del pueblo; el padre Fibber le maldijo y condenó al infierno, y la historia se convirtió en leyenda. Las ancianitas pasaron un tiempo asustadas de salir a la calle, pero la buena gente de Abismo les dio todo su cariño y comprensión y habían pasado diez años y la historia se había convertido en un mal recuerdo. Algo que se cuenta en voz baja. Algo que una ciudad como Abismo utiliza para justificar el odio y la desconfianza a los extranjeros.

Todo el asunto del asesinato del *sheriff* era diferente. Estamos hablando de alguien que vivía al amparo del Gallo.

— Está convencido de que es alguien de aquí — dijo Lew —, es de locos.

Bob Callaghan se había tomado la última copa y se había retirado diciendo que tenía mucho trabajo. Habría ido a casa, la casa que heredó de su madre, y se estaría atiborrando a licor barato mientras ojeaba las pruebas del caso. O veía la tele. O se la cascaba.

El jardinero Randall terminó su cuarta cerveza y dijo:

— No sé, a lo mejor tiene razón.

— ¿Tú crees?

— Si hubiese sido un forastero, nos habríamos enterado: nadie entra en la ciudad y pasa desapercibido, eso es así.

— Supongo.

— Nadie ha visto a ningún forastero desde hace semanas, y la casa de huéspedes está vacía: no es temporada de turismo. Tal vez el mes que viene.

En eso tenía razón, ningún forastero pasaba por Abismo desde hacía semanas. Nadie se acercaba a visitar al Gallo, salvo los leales habitantes de Abismo. Alguien del mundo exterior no podía pasearse por Abismo sin despertar curiosidad. El maníaco era alguien del redil.

— ¿Crees que Bob encontrará algo? — dijo Lew.

— No sé. No es que quiera dudar de él, pero no creo que saque gran cosa. A lo mejor el nuevo *sheriff*...

— Esto es una mierda.

— Ya. Yo esta noche voy a volver a lo mío.

El jardinero Randall se giró un poco y miró por encima del hombro a las chicas del fondo del bar. Estaban atacando los margaritas y gritando y riendo. La chica rubia parecía más animada y la morena de pelo rizado hacía gestos obscenos con la boca. No había ya muchos hombres en el bar aparte del jardinero Randall, pero se acercaba la medianoche. Y eso significaba chicos. Significaba la segunda tanda de clientes. Eso significaba que la puerta del bar podía abrirse en cualquier momento y un grupo de jóvenes especímenes masculinos de menos de veinticinco años y cuerpos esculturales, con grandes espaldas y brazos más grandes aun, podrían entrar y sentarse con las chicas. Y entonces todo estaría perdido.

— ¿Vas a hacer algo? — dijo Lew.

— Te diré lo que voy a hacer, pero ponme algo más fuerte. *Whisky* doble.

Lew le sirvió un *whisky* doble y se sirvió otro para él. El jardinero Randall siempre había apreciado que Lew bebiese junto a los clientes: le daba un toque familiar al bar, como si estuvieses realmente hablando con un amigo, como si pudieses confiar en él. No sentirte solo mientras bebes, no sentirse en un pozo de alcohol. Lew dio un pequeño sorbo, apenas se mojó los labios, y esperó a que el jardinero Randall empezase.

— Verás: esas chicas son jóvenes y están buscando guerra. Las chicas de menos de treinta están todo el día buscando algo que llevarse a la boca, buscando algo que les anime la vida. Para entrarles a unas chicas así tienes que ser guapo y atlético, hablar poco; o ser gracioso e ingenioso pero algo mono como para echar un polvo; o tener dinero. Las chicas como esas de allí

disfrutan de las copas gratis y se dejan invitar porque piensan que controlan a los tíos; todavía no han descubierto lo que es que se les caigan las tetas, que nadie las encuentre atractivas o que les llegue la menopausia. Piensan que pueden comerse el mundo solo abriendo las piernas. Pero aquí está el truco: las chicas como esas no saben beber.

— ¿No saben beber?

— Desde luego que no. Esas chicas beben como si no hubiera un mañana, se emborrachan hasta que todo se tambalea y tienen que ayudarse unas a otras para no hacer tonterías. Ahí es donde los tipos como tú y como yo tenemos nuestra oportunidad: hay que centrarse en una de ellas, separarla de sus amigas y emborracharla lo suficiente como para convertir el automático *no* en el inconsciente y arrepentido *sí*. Un polvo por borrachera.

El jardinero Randall dio un trago a su *whisky* y Lew le imitó. El dueño del bar dijo:

— Eso es algo retorcido.

— Los tipos como nosotros tenemos que echar mano de los pequeños recovecos del sistema, romper las reglas.

Lew se sintió vagamente ofendido porque el jardinero Randall afirmase que ambos eran el mismo tipo de hombre, pero no dijo nada. Terminó su *whisky* de una sentada y decidió que ya había bebido lo suficiente. Se acercaba la medianoche y eso era importante. A medianoche se decidía si iba a ser un viernes tranquilo o iba a ser un viernes movido. A medianoche podía llenarse el bar e incluso organizarse alguna pelea; o podía empezar a vaciarse poco a poco y Lew podría dormir una maldita noche completa y no tener que levantarse hasta el mediodía.

El jardinero Randall también terminó su copa. Dijo:

— Lo que voy a hacer ahora es ir a mear; me peinaré un poco y me tomaré un caramelo de menta. Me echaré un poco de colonia y pediré una ronda de margaritas y otra de chupitos. La morena del pelo rizado es mi objetivo.

— Ándate con ojo — dijo Lew —: la morena del pelo rizado es Amber, es la hija de Bronson, el de la carnicería, y creo que sale con un tal Spike, uno de los vigilantes.

— ¿Qué clase de nombre de mierda es Spike?

— No sé.

— No pasa nada; esa chica es una presa fácil. No sabe beber y tiene pinta de gustarle en plan casual: de chuparla en el baño y esas cosas.

— No vas a follarte a una chiquilla en mi baño.

— Ya lo sé, ya lo sé. Lo tengo pensado.

— Estás muy seguro.

— Hay que tener seguridad en uno mismo. Voy a mear.

El jardinero Randall se levantó y se arrastró cojeando hasta el baño, al otro extremo del lugar donde estaban sentadas las chicas.

El baño del bar de Lew era un agujero diminuto donde no cabían dos personas. Tal vez Lew lo dispusiera así para que nadie pudiese follar en el bar: para ahorrarse problemas. El jardinero Randall se metió en el cubículo y cerró por dentro. Abrió el grifo y se refrescó un poco la cara y la nuca. Se miró en el espejo y razonó sus posibilidades. Era feo y lo sabía; era desagradable a la vista y lo sabía. Pero esa no era la cuestión: la cuestión era que las jóvenes son más fáciles. Se creen que tienen que superar a los hombres en cuanto a polvos de una noche, y las chicas del sur son peores porque ven poco mundo. Una chica normal de una ciudad tan



pequeña que no puedes dar una patada sin sacar un primo lejano se habrá follado a casi todos los varones de alrededor antes de casarse. Queda dicho.

Se bajó la bragueta y soltó una larga y condensada meada mientras estiraba los brazos y se echaba el pelo hacia atrás. Se zarandeó un poco la polla, que le colgaba como un trasto inútil, y enseguida se le puso tiesa. Diez años hacía que no la metía en caliente, o incluso más. No le gustaba hablar de ello, a ningún hombre le gustaría, pero estaba seguro de que esa noche estaría dentro de la chica morena del pelo rizado. Amber, la hija del carnicero. Podría fantasear con el polvo de esa noche durante otros diez años; hasta que la suerte volviese a sonreírle. Siguió agitando un poco la polla, de manera mecánica. Empezó a sentir el clímax y se detuvo. A veces se la cascaba incluso sin darse cuenta, de manera mecánica, por inercia. Se miró antes de subirse la bragueta, como si saludase a su vieja amiga y le diese ánimos.

Esto se parece más a un par de cervezas entre amigos que a una meada.

Volvió a mirarse por última vez en el espejo, se sacó del interior de la chaqueta una muestra de colonia y la vació en su cuello y sus manos. Se volvió a alisar el pelo y sonrió. Salió del baño con la polla tiesa aún, intentando abrirse paso entre los pantalones.

## 6

Había pasado casi una hora desde la última bandeja de margaritas y las chicas estaban preparadas para irse. Al menos así lo creía Amber, pero mover a sus amigas era otra cosa. Las chicas estaban ya lo suficientemente borra-

chas como para que moverse hasta el coche y conducir a Morganville fuese una hazaña casi imposible. Amber odiaba el bar de Lew: le parecía un buen sitio donde comenzar la noche, pero nunca el lugar donde terminarla. Como todas las chicas de Abismo, había dado sus primeros pasos en la fiesta y la noche allí mismo, y después se había marchado con el chico de turno en su coche y conducido hasta la colina del Gallo para perder la virginidad. Pero ya había pasado mucho de eso, y ahora se sentía mucho más grande que Abismo. Necesitaba salir del pueblo y respirar un poco de aire puro.

Necesitaba que la noche no acabase allí.

Esto se parece más a un grito de ayuda que a una declaración de intenciones.

— ¡Tienes que follarte ya a alguno! — gritó Julia.

— ¡Déjame tranquila! — se defendía la rubia.

— Beatrice — dijo Amber —, tienes casi veintiún años y un par de tetas que podrían hipnotizar a cualquiera y no has echado ni un polvo todavía. Es ridículo. Tienes que meterte a alguno entre las piernas, chica.

Beatrice, que se había sobresaltado al oír su edad en voz alta, pese a que Lew nunca les había puesto impedimento para servirles alcohol, se sonrojó de nuevo. Agachó un poco la cabeza y parecía querer hundirse en el asiento y desaparecer. Dijo:

— Se supone que la primera vez hay que estar enamorada.

— ¡Eso son chorradas!

— Ni que lo digas — dijo Amber —. Verás, nena, el sexo es solo sexo. Quítate de la cabeza la idea del príncipe azul porque no existe, y menos en un lugar como este. Follar es follar, y la primera vez ni es especial ni es placentera,

así que lo mejor es que te lo quites de encima cuanto antes. A partir de la quinta o la sexta vez empiezas a disfrutarlo, y después de eso te preguntas cómo has podido vivir tanto tiempo sin echar un polvo a la semana.

— Como mínimo — intervino Julia.

— Como mínimo. Así que esta noche conduciremos hasta Morganville y allí te estrenarás con un moreno cachas y gracioso, ni demasiado ocurrente ni demasiado egocéntrico, que te trate con la suficiente delicadeza y tenga un buen coche. Te lo follas y mañana te despertarás siendo una mujer completamente nueva. Te sentirás más adulta, mejor, y esa beca te importará una mierda.

— Es que...

Beatrice se siguió sonrojando. Dijo:

— Es que... no quiero ser una zorra.

Todas estallaron en una carcajada que reverberó por el bar como si fuese una manada de ciervos chocando los cuernos unos contra otros. Amber dijo:

— Pero eres una zorra: lo llevas en la sangre. Ser una zorra no es malo, es supervivencia, nena. Todas tenemos que ser unas zorras, porque si no lo eres, jugarán contigo. Los hombres son así: básicos, simples y emocionalmente tullidos. Las mujeres debemos usar las armas que tenemos para manejar la situación. Y tú tienes que empezar a tomar el control de tus armas, ¿comprendes? Así que dime: ¿cuál es el plan de esta noche?

Todas aguardaron a la respuesta de Beatrice. Estaba tan colorada que sus mejillas parecían a punto de arder. Cogió aire y dijo:

— Conducir hasta Morganville; encontrar a un tipo cachas, alto y moreno, gracioso que te cagas pero no demasiado ocurrente, y estrenarme con él.

— ¡Esa es mi zorra!

— ¡Sí!

— ¡Esta noche va a ser legendaria!

Todas gritaron y levantaron los brazos, como si fuesen guerreros celebrando una victoria. Unos pasos, que no se oyeron por culpa de los gritos, se habían acercado hasta la mesa y ahora una figura baja y fofa se recortaba contra la luz del televisor. El jardinero Randall sostenía en las manos una bandeja con una jarra de margaritas y cinco chupitos dispuestos en círculo alrededor de ella. Las chicas levantaron la vista y contemplaron al hombre con sorpresa y con gracia. Su voz, una voz grave y varonil, atractiva si cerrabas los ojos y te dejabas envolver por ella, dijo:

— ¿Puedo tentarlas, señoritas?

Y ninguna respondió nada. El jardinero Randall exhibía una sonrisa como quien exhibe una espada: el filo amenazador, el resplandor cegador y la curva dispuesta a saltar al cuello y atravesar la carne. Había algo perturbador en aquel hombre, y a la vez algo...

— Claro — respondió Amber —. Puedes dejar la jarra y volverte a la barra.

— Es de mala educación aceptar una copa de un caballero sin permitir que el caballero disfrute de la compañía de la dama — respondió el jardinero Randall.

Amber sonrió. Dijo:

— No veo ningún caballero. Y veo a cuatro damas, no a una sola.

— Eso es un golpe bajo; pero te lo permito por esta vez. La cosa es simple: traigo una jarra de margaritas y una ronda de chupitos. Y después de esta, hay otra pagada y esperando. Podéis tomarlo o dejarlo. Pero si